

TEATRO LIRICO F. VILLACASTA

II

Don Ramón
de Capichuela.

El triunfo del amor.





Teatro Lírico.

II

R- 7250-A

Don Ramón de Capichuela.

El triunfo del amor.



Obras de Francisco Villaespesa.

POESÍA

Intimidades.—*Flores de almendro.*—*Luchas.*—*Confidencias.*—*La copa del rey de Thule.*—*La musa enferma.*—*El alto de los bohemios.*—*Rapsodias.*—*Las canciones del camino.*—*Tristitia rerum.*—*Carmen.*—*El patio de los Arrayanes.*—*Viaje sentimental.*—*El mirador de Lindaraxa.*—*El libro de Job.*—*El jardín de las Quimeras.*—*Las horas que pasan.*—*Saudades.*—*In memoriam.*—*Bajo la lluvia.*—*Torre de marfil.*—*Andalucía.*—*Los remansos del crepúsculo.*—*El espejo encantado.*—*Los panales de oro.*—*El balcón de Verona.*—*Palabras antiguas.*—*Jardines de plata.*—*Collares rotos.*—*El velo de Isis.*—*Lámparas votivas.*—*Campanas Pascuales.*—*El reló de arena.*—*Los nocturno del Generalife.*—*La cisterna.*—*La fuente de las gacelas.*—*Baladas de cetrería y otros poemas.*

EN P R E N S A

La musa gitana.—*La casa del pecado.*—*Paz.*

P R O S A

El milagro de las rosas.—*El último Abderra-*

mán.—*La venganza de Aischa.*—*Zarza florida.*—*Breviario de amor.*—*Las joyas de Margarita.*—*Vida y Arte: I. Julio Herrera Reisig.*—*Las granadas de rubies.*—*Fiesta de poesía.*—*Las garras de la pantera.*—*La tela de Penélope.*—*Las palmeras del oasis.*—*Primavera romántica.*—*El milagro del vaso de agua.*—*Resurrección.*—*Los suaves milagros.*

TEATRO

El Alcázar de las Perlas. (Tragedia árabe en cuatro actos.)

Doña María de Padilla. (Drama histórico en tres actos.)

El rey Galaor. (Tragedia en tres actos, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.)

Judith. (Tragedia bíblica en tres actos.)

Era El. (Poema en un acto.)

Abén Humeya. (Tragedia morisca en cuatro actos.)

El halconero. (Poema trágico en tres actos.)

La Leona de Castilla. (Tragedia castellana en tres actos.)

La Maja de Goya. (Episodio dramático en tres actos.)

La Cenicienta. (Poema en un acto.)

El suspiro del moro. (Tragedia árabe en cuatro actos.)

En el Desierto. (Poema dramático en un acto.)

TRADUCCIONES

La Gioconda. (De Gabriel D'Annunzio.)

Salomé y otros poemas. (De Eugenio de Castro.)

La cena de los Cardenales. (Comedia en un acto, de Julio Dantas.)

Don Beltrán de Figueroa. (De Julio Dantas.)

Rosas de todo el año. (De Julio Dantas.)

Don Ramón de Capichuela. (Sainete en un acto, de Julio Dantas.)

Una partida de ajedrez. (Comedia en un acto, de Giuseppe Giacosa.)

El triunfo del amor. (Comedia en dos actos, de Giuseppe Giacosa.)

Dolor supremo. (De Marcelino Mezquita.)

Almas enfermas. (De Marcelino Mezquita.)

FRANCISCO VILLAESPESA

DON RAMÓN
DE CAPICHUELA

SAINETE EN VERSO

DE

JULIO DANTAS

1917

PERSONAJES

ROSAL
DON RAMÓN DE CAPICHUELA
España, siglo XVIII.



ACTO ÚNICO

Un interior castellano del siglo xvii.

Al fondo, una puerta practicable.

A la izquierda, en primer término, una ventana con celosías y un poyete de ladrillos. Sobre el afeizar matas de claveles. En el segundo término, una arca española, sobre la cual se ven dos copas y una botella de Jerez. A la derecha, un altar, y sobre el reclinatorio, una viola. En el centro de la escena, una mesa holandesa, pequeña, con tintero, pluma de ave, papel y una escudilla de estaño llena de cerezas. Sobre un escabel, un pandero, y sobre otro, una almohada.

Día espléndido de sol.

ESCENA PRIMERA

ROSAL

Gitana muy viva, saya
de terciopelo, chapines de
altos tacones de madera
dorada, garavin de perlas
en los cabellos, comiendo
cerezas, cantando y dan-
zando por la casa.

«Yo soy, tiri ti ti tina»
flor de la jacarandina.

Abre las celosías y se
asoma a la ventana.

¡Mari Zarpa!

Como hablando con la
vecina de enfrente.

¡Bienvenida!

¿Está ahí tu fanfarrón...?
¡Qué hermosos claveles...! ¡Son
una alborada florida!

Como respondiendo a lo
que la vecina le pregunta.

¿Mi hombre...? También se ha marchado...

Se sienta en el poyete.

¿Que si salí...? ¡Sí, he salido!
Siete iglesias he corrido...
Pasó un fraile por mi lado,
y al verme me dijo así:
—¡Por la cruz de Jesucristo
que ojos tan bellos no he visto
hasta que los vuestros ví!—

Me reí como una loca...

Pero entre dientes, ¿qué rezas...?

¿Qué estoy comiendo...? ¿Cerezas
tan rojas como tu boca!

Riéndose.

¿Quieres...? ¿Que de qué me río...?

¡Pues de tu amante y de ti!

Escuchando.

¿Que dónde se encuentra el mío...?

En algún zaquizamí,

extasiado en el hechizo

de comentar sus hazañas,

para asombrar las Españas

con muertes que nunca hizo...!

¡Cual tu Gil! Todo bravura,

capa al viento, pluma erguida...

¡Es fiera su catadura,

mas nunca ví una criatura

más medrosa en esta vida...!

¡Con espada de Toledo,
guantes, colete de piel,
figúrase, en su denuedo,
que a todos mata de miedo,
y todos se burlan de él!

Cruzando escena e imi-
tando sus actitudes.

¡Como el tuyo! No pintó
Velázquez más bizarría...
Parecen gente de pro...

Escuchando atentamen-
te y soltando una carca-
jada.

¿Que al tuyo pegaste un día
y hasta a su madre llamó?
¡Si vieras cuánto me río...!
Mas de sufrirle me hastío,
y sus bravatas me irritan...
¡Tanto el tuyo como el mío
una lección necesitan!

¡Son altivos y orgullosos,
fatuos como girasoles,
y terribles y celosos
como buenos españoles!

Con interés, escuchando.

¿Que a darles un susto vas...?

Palmoteando y bailando
de alegría.

¡Buena idea, vive Dios!
¿Pelearles a los dos
para ver quién corre más?
¡Cuando llegue Don Ramón
con su porte altivo y fiero,
flotando al viento el airón
bermejo de su sombrero,
yo le diré que tu Gil
me persigue, de tal suerte,
que en mi sombra se convierte,
y que por traidor y vil
tiene que darle la muerte...!

Tú, de Don Ramón te quejas
a Gil... Puedes añadir
que ayer entreabrió tus rejas
para mirarte vestir...

Riendo mucho.

—¡Dile que te vió en camisa!—
¡A la calle los lanzamos;
y en nuestras ventanas vamos
a morir las dos de risa,
viendo cómo al fin concluye
tan divertida función;
y Gil de Don Ramón huye,
y huye de Gil Don Ramón!
¡Bello sainete va a ser...!
¿Qué te asombra...? ¡No te asombre,
pues para burlar a un hombre
nada como una mujer...!

Inclinándose en la ven-
tana para contemplar la
calle, y dirigiéndose a la
vecina.

Llega... ¡Con qué bazarria
atraviesa la plazuela...!

Inclinándose más y llamando.

¡Don Ramón de Capichuela...!
¡Sube pronto, vida mía!

En voz baja, a la vecina.

¡Ahora viene de mal guisa!
Jugó y perdió su dinero...

Corriendo a abrir la
puerta del fondo.

¡Sube, mi vida, de prisa!

Volviéndose rápidamente a la ventana y dirigiéndose a la vecina.

¡Cuando llegue el tuyo, avisa
con tres golpes de pandero!

ESCENA SEGUNDA

ROSAL y DON RAMÓN

Por la puerta del foro aparece DON RAMÓN, atuándose sus grandes mostachos. Tipo suculento de fanfarrón, colete de cuero, chambergo de anchas alas y una gran pluma roja, calzas de paño bermejo de Flandes, capa rota y una enorme espada de cazoleta.

DON RAMÓN

Rosal.

ROSAL

Fingiéndose cómicamente.

¡Estoy dolorida,
llorosa y avergonzada!

DON RAMÓN

Con solemnidad, desen-
vainando la espada y en-
tregándosela a ROSAL.

¡Toma y limpiame esta espada,
que está de sangre teñida!

ROSAL

Cubriéndose el rostro
con las manos para ocul-
tar la risa.

¡Ay! ¿Fué un duelo?

DON RAMÓN

Con grandiosidad.

Por lo visto...

No te asustes... ¡Solamente
dos o tres almas, a Cristo,
le mandé como presente!

ROSAL

Mas ¿por qué?

DON RAMÓN

Por casi nada.

Contando con los dedos.

¡Un negro, cuatro mulatos,
dos hidalgos de embajada,
valientes como jabatos,
ensarté—¡no te horrorices!—
dentro de esta espada fiera,

igual que en una espetera
una banda de perdices!

ROSAL

¿Y de una estocada?

DON RAMÓN

Tirando la espada sobre la
mesa, con un gran gesto.

Sí,
que iba a paso muy ligero...

ROSAL

¿Por qué los mataste así?

DON RAMÓN

¡Porque al pasar junto a mí
no quitáronse el sombrero!

ROSAL

Cogiendo la espada.

¿A los siete?

DON RAMÓN

Sí, señora.

ROSAL

Mas dijiste dos o tres...

DON RAMÓN

¡La cuenta perdí tal vez...!

Solemnemente señalándole
el oratorio.

¡Reza un Padrenuestro ahora
por el alma de los diez!

ROSAL

Maliciosamente pasando la
hoja de la espada por el man-
to de DON RAMÓN.

¿No estará la cuenta errada?

DON RAMÓN

Quizá alguno faltará...
¡Diez muertos de una estocada!

ROSAL

Presentándole la espada.

¡Toma, y contempla tu espada
que limpia de sangre está!

DON RAMÓN

Sin desconcertarse.

¿No tiene sangre?

ROSAL

Presentándole el manto.

¡Ve el manto!

DON RAMÓN

¿Que no tiene sangre?

ROSAL

Pasando por el lino blanco
de la manga de su camisa la
hoja de la espada.

¡No!

DON RAMÓN

Envainando la espada.

¡No te extrañe, que su espanto
al ver mi espada, fué tanto
que la sangre les heló!

Se oyen fuera tres golpes
de pandero.

ROSAL

Escuchando.

¡Ah!

DON RAMÓN

¿Qué pasa?

ROSAL

Conteniendo su alegría.

¡Es un pandero!

• Aparte, corriendo hacia la
ventana.

¡El vecino!

Volviéndose hacia DON RAMÓN.

¡No te enceles!

DON RAMÓN

Amoscado.

¿Qué?

ROSAL

Sonriendo desde la ventana.

¡No es nada, caballero!

DON RAMÓN

Siguiéndola ansiosamente,
con los ojos, en todos sus movimientos.

¿Qué estás viendo...?

ROSAL

¡Mis claveles...!

Coje un clavel rojo.

¿Quieres uno...?

DON RAMÓN

¡Vino, quiero!

Rosal toma la botella y la coloca, con las copas, en la mesa.

¡Justo es que después de tanta gente como he despachado, me refresque la garganta con este jerez dorado...!

Viendo a Rosal, danzando delante de la ventana y haciendo señas a la vecina.

¿Qué haces puesta a la ventana...?

¿Por qué danzas...?

ROSAL

Disfrazando su alegría.

¡No dancé...!

DON RAMÓN

¡Si yo te he visto...! ¡Gitana

más embustera no hallé...!

ROSAL

Acercándosele.

¿Quieres saber la verdad...?

DON RAMÓN

Vehemente.

¡Hable...!

ROSAL hace como que duda,
permaneciendo un instante
perpleja ante DON RAMÓN.

¿No respondes...?

ROSAL

Decidiéndose.

¡Sí...!

Quiero mudarme de aquí...
¡Me aburre la vecindad...!

DON RAMÓN

Bebiendo voluptuosamente
una copa de jerez, sentado
junto a la mesa.

Mas ¿por qué...?

ROSAL

¡Fuerza es hablar

que ya callar no es prudente;
y puesto que eres valiente
podrás mi afrenta vengar...!

Se le sienta en las rodillas
y le mete una cereza en la
boca.

Mi honra un peligro recela...

DON RAMÓN

Con un gran gesto.

¿Qué dices...?

ROSAL

¡Lo que te digo...!

DON RAMÓN

Suntuoso.

¿Quién se atreve, si te vela
como amante y como amigo
Don Ramón de Capichuela...?

ROSAL

Con mucha naturalidad.

¡Nuestro vecino de enfrente...!

DON RAMÓN

¿Gil Parrado...?

ROSAL

¡Ese villano...!

Echándole los brazos al
cuello.

¡Mátalo inmediatamente,
como un perro, por tu mano...!

DON RAMÓN

¿Batirme con Gil Parrado...?

Después de un momento de vacilación, con bonhomia cómica.

¿Qué te ha hecho el desdichado...?

ROSAL

Levantándose.

¡No me deja respirar...!
Por él asediada estoy...
¡Si me vuelve a importunar,
me quito un chapín, y voy
con él su rostro a cruzar...!
Me persigue por doquier...
Las malas lenguas me comen,
¡y no quiero que me tomen
por una mala mujer!

DON RAMÓN

Muy pacífico.

¡No seas severa y rara...!
¿Por qué te has de incomodar,
por qué el goce al contemplar
las bellezas de tu cara...?

ROSAL

¡Me acecha...! Siempre a mi lado
por todas partes me espía,
y me dijo el otro día,
en tanto que me ponía
las medias, el deslenguado,
qué hermosas piernas tenía...!

Imitándole la voz.

¡Y yo por esas no paso...!

DON RAMÓN

¿Y te ofendió...? No lo creas...

¡Es fino, que otro en su caso,
quizá las hallase feas!

ROSAL

¡Es muy grande su osadía...!
¡Ayer me besó con maña...!

DON RAMÓN

En un impetu de celos.

¿Te besó...?

Dominándose de pronto,
con un gran gesto.

¡Por vida mía,
que aún existe cortesía
en esta bendita España...!

ROSAL

¡Mátale, por insolente...

DON RAMÓN

¿Insolencia...? No lo es...
¿Tú piensas que estoy demente
y voy a matar la gente
por ser amable y cortés...?

ROSAL

¿Qué le importa un muerto más
a aquel que diez hoy ha muerto?

DON RAMÓN

Enmendando.

¡Sólo fueron tres...!

ROSAL

Con sorna.

¿Y estás
de que los mataste cierto...?

DON RAMÓN

Bien. Se acabó la contienda...
¡Maté á tres; pero a ése no...!

ROSAL

¡No hay nadie que me defienda...!

DON RAMÓN

¡Busca otra espada, que yo
no mato por encomienda!

ROSAL

¡Agujeréale el sombrero...!

DON RAMÓN

¡Ya te he dicho que no quiero...!

Si no le quieres matar,

refrena al menos su brío...

¡Mándale desafiar...!

DON RAMÓN

Aparte.

¡Yo hoy no le desafío...

por si es capaz de aceptarlo!

ROSAL

Gritando y fingiendo que
llora.

Pero ¿y mi honra... y mi fama...?

DON RAMÓN

De ellas ninguno te priva.

Recostándose tranquilamente.

¿Fué a dar contigo en la cama...?
¡Pues deja al hombre que viva...!

Bebiendo.

¡Tras tanta muerte y deslíz,
resolví, por caridad,
dar tregua a la humanidad
para que viva feliz...!
Lo juré por Belcebú,
y atrás no me he de volver...
Si ello te causa placer,
rétales y mátales tú!

ROSAL

Furiosa.

¡Le retaré...!

DON RAMÓN

Pulsando la viola.

¡Nueva moda...!

ROSAL

Ahora le voy a escribir
una carta... ¡En ella toda
su infamia le haré sentir...!

Siéntase para escribir.

Le diré infame, cornudo...

DON RAMÓN

Imperturbable.

¡Si tu pluma se desliza,
y Gil te da una paliza,
no me llames, que no acudo...!

ROSAL

Le mostraré su vileza...
¡Pero tú la has de firmar...!

Empieza a escribir.

DON RAMÓN

¡Ten tiento, mala cabeza,
que no acostumbro a insultar
si no es con delicadeza...!

Pausa. ROSAL escribe.

Escribele:

Dictando, con gran pre-
sopopeya.

—Mi señor.—

ROSAL

¿Mas tú le das señoría...?

DON RAMÓN

Doblando el papel.

¡Deja margen, vida mía...!

ROSAL

¿Quieres el margen mayor...?

DON RAMÓN

¡Para mayor cortesía...!

Continúa dictando.

Mi señor Don Gil Parrado...

ROSAL

¿Don...?

DON RAMÓN

¡Sí...! ¡Lo puede tener...!

ROSAL

Continuando escribiendo por su cuenta.

—Dese por desafiado...—

DON RAMÓN

Enmendando.

—Convidado—, has de poner.

ROSAL

¿Para un duelo convidado...?

DON RAMÓN

¡Es mucho más delicado,
y finura hay que tener!
Cuando encuentro un enemigo,
tratarle y honrarle sé...
¡Hasta hoy—bien alto lo digo—
están contentos conmigo
todos los que yo maté...!

Dictándole de nuevo.

Pon: —convidado...—

Interrumpiéndose para reflexionar.

¡No! ¡Espera...!

¡Pensaré otra redacción...!

Buscando nuevos términos, sin encontrarlos.

—Convidado...—

Después de una pausa.

¡No hay manera...!

ROSAL

Leyendo con énfasis la carta que ha escrito por su cuenta.

—A subir por la escalera
y salir por el balcón,

midiendo antes, en tu cuello,
el tamaño de mi espada...—
Ahora tu firma, y el sello...
¡Ya está la carta acabada...!

DON RAMÓN

Espantado.

¡No escribas eso, malvada,
que si la llega a leer
cometerá un desatino...!

ROSAL

Doblando la carta y leván-
tándose.

¡Ya está...!

DON RAMÓN

Amenszante.

¡Dámela, mujer...!

ROSAL

Agitando la carta.

¡La carta irá a su destino
que para eso la escribí...!
¡Se la mando a Gil Parrado...!

DON RAMÓN

Serenándose.

¡Qué importa...! ¡No la he firmado...!

ROSAL

¡Mas yo la firmé por ti...!

DON RAMÓN

Furioso, corriendo tras de
ella.

¿Tú...? ¿Me la das...?

ROSAL

Dando vueltas a la mesa,
huyendo y riéndose de él.

¡Otro día
que hoy tu pretensión es vana...!

Corre defendiéndose con
los escabeles, y gritando, has-
tallegar a la ventana.

¡Vecina, abre la ventana...!

DON RAMÓN la persigue.
ROSAL le tira la escudilla de
las cerezas.

DON RAMÓN

Queriendo quitarle la
carta.

¡Dame esa carta, judía...!

ROSAL

Tirándole la almohada
y gritando desde la ven-
tana.

¡Mari Zarpa...!

DON RAMÓN

Con espanto.

¡Maldición...!

¡No llames, excomulgada...!

ROSAL

Hablando con la vecina.

¡Es un desafío a espada
que a Gil manda Don Ramón...!

Le tira la carta.

DON RAMÓN

Corriendo a la ventana
y gritando.

¡Mentira...!

BOSAL

A la vecina.

¡Déjalo hablar...!

Volviéndose a DON RA-
MÓN, que retrocede.

¡Cobardón...!

DON RAMÓN

Volviendo a adquirir su
aire terrible.

¿A mi denuedo
así ultrajas...? ¡Por el Credo

juro, que se va a asustar,
y se va a morir de miedo
sin que lo pueda matar...!

ROSAL

Soltando a reir y mirándole despectivamente.

¿Qué ha sido de tanta hazaña?

DON RAMÓN

Medroso, mas queriendo
conservar la línea.

¡Le doy dos palmos de hierro...!

Coge precipitadamente
el sombrero y la capa.

ROSAL

Con las manos en las ca-

deras, al verlo, encamínase a la puerta del fondo.

¿Dónde vas, gloria de España...?

DON RAMÓN

Deteniéndose, indeciso.
De pronto sale con un gran gesto.

¡Voy a encomendar su entierro antes que salga a campaña...!

ESCENA TERCERA

ROSAL

Cuando sale DON RAMÓN, corre hacia la ventana y grita a la vecina.

¡Mari Zarpa...! ¡Se ha marchado...!
Di a Gil que lo va a buscar...

Se inclina en la ventana para ver lo que pasa en la calle.

¡Ahora sale Gil Parrado...!
¡El sainete va a acabar...!
Se encuentran...

Voces fuera, distinguiéndose en medio de algarazara.

¡Ah, de la ley...!

ROSAL

Con entusiasmo, agitando el pañuelo y gritando.

¡Ya comienza la algarada...!
¡Cobardes, sacar la espada...!

VOZ DE RAMÓN

Despavorida.

¡Ah, de el Alcalde...!

OTRA VOZ

¡Ah, del Rey...!

ROSAL

¡Oh, espadas de Toledo...!
¡Aun sin haberse atacado,
cada uno por su lado
escapan los dos de miedo...!

Dirigiéndose a la vecina
y palmoteando de gozo.

¡Mari Zarpa, hoy en verdad,
que buen sainete, de valde,
dimos a la vencidad...!

ESCENA ULTIMA

Dicha y DON RAMÓN,
que penetra despavorido
por la puerta del fondo,
sin sombrero, con la espa-
da desnuda y los cabellos
de punta.

¡Ah, del Rey...! ¡Ah, del Alcalde...!

ROSAL

Mientras DON RAMÓN se
esconde en cuclillas, de-
trás de la mesa.

¡Fanfarrón, bien me vengué...!

Rompe a danzar al son
del pandero.

—Yo soy, tiri ti ti tina,
flor de la jacarandina...!—

DON RAMÓN

Levantándose poco a poco, acechando por si alguien entra a perseguirlo, y recobrando, a medida que se tranquiliza, su grandiosidad de fanfarrón.

¡Baja a ver si le maté...!

Risas fuera. ROSAL continúa danzando, mientras cae el telón.

EL TRIUNFO DEL AMOR

EL TRIUNFO DEL AMOR

Leyenda dramática en dos actos,
de Giuseppe Giacosa, puesta en verso
castellano

POR

Francisco Villaespesa

1917

PERSONAJES

DIANA DE ALTENO.

HUGO DE MONSOPRANO.

GERBERTO, viejo escudero de Diana.

VISCARDO, escudero de Diana.

GASTÓN, paje.

MARTÍN, soldado.

GOTTIFREDO, escudero de Hugo.

Damas, pajes, porta-enseñas y hombres de armas.

La acción, en el Castillo de los Alteno, en el valle de
Aosta.—Época: siglo XIV.

ACTO PRIMERO

Salón feudal. A la izquierda, una gran puerta. A la derecha, una ojiva, con la vidriera emplomada. Las paredes, cubiertas de tapices y rodeadas de bancos corales de madera esculpida, con altos respaldos tallados. Por cima de los tapices corre una franja de madera pintada con extrañas figuras de tonos vivos y fúlgidos, sobre la cual se apoya el techo, de ricos artesonados encuadrados en relieves dorados que imitan follajes y flores. En los cuadros fulguran las armas del escudo familiar: un león de oro en campo de gules. En el centro de la pared del fondo, se alza el sillón señorial, cuyo respaldo se curva en lo alto en forma de baldaquino. Por todas partes, sobre los muebles, esculpido, tallado o pintado, el escudo de los Alteno, que también fulguran en el peto de las damas, de los pajes, de los siervos y de los hombres de armas.

ESCENA PRIMERA

DIANA, GERBERTO Y GASTÓN

DIANA

A Gastón.

¡Honrad al caballero que honra la casa mía!
¡Que sea mi castillo pródigo en cortesía,
y que repose donde le plazca...! ¡Todo es suyo...!

Volviéndose a Gerberto.

¡De su audacia, Gerberto, yo domaré el
orgullo...!

De nuevo se dirige a
Gastón.

Y si él lo pide, en tanto que las fuerzas renueva,
se aplazará la justa... Será la última prueba
mañana...

Sale Gastón, después de
inclinarse cortésmente de-
lante de Diana.

GERBERTO

A Diana.

Es conveniente tu consejo, y podría
ser aún más justo...

DIANA

¿Cómo...?

GERBERTO

Oye. Su bizarría,
las pruebas que ha vencido, su juventud, su amor
y su nombre, debieran mitigar tu rigor...

A su esfuerzo sonríe la Fortuna, y en vano
quieres que le abandone...

DIANA

¿Qué me pides?

GERBERTO

La mano,
que si vence, forzada le darás, generosa;
dásela sin más pruebas, y sé hoy mismo
su esposa..!

DIANA

¡Jamás...!

GERBERTO

Nuestra existencia el amor engalana.
¡No asesines tu vida...!

DIANA

¡Ay! Bertrada, mi hermana,
amó con todo el fuego de una pasión inmensa,
y sólo el abandono tuvo por recompensa!
Y ella, que era mi única y amante compañía,
se fué apagando en una lenta y sorda agonía;
y yo, junto a su lecho, vigilaba entre tanto,
escuchando sus quejas y enjugando su llanto...!
Murió joven, a causa de su amorosa herida...
¡Su amor también a ella le engalanó la vida!

GERBERTO

Fué una desgracia...

DIANA

El día en que por vez postrera
floreció la sonrisa en sus labios de cera,
en que la vi más blanca que las ropas del lecho,
y recogí el último suspiro de su pecho,
¡por el negro vestido que mi cuerpo envolvía,

a mi propia conciencia le juré, en aquel día,
no abrir, Gerberto, nunca las puertas de mi seno
a los vagos encantos de un afecto terreno!

GERBERTO

¡Oh, qué dura promesa...!

DIANA

Desde entonces, segura
y firme en mis propósitos, como en una
armadura,
siento mejor la vida... Mi firmeza atesora
tal poder, que me he hecho de mí misma,
señora...!
Y encerrada en mi orgullo como en un casto
velo,
mi único prometido es Dios, y está en el cielo!

GERBERTO

¡En el tiempo sus rosas la juventud deslie,

y es muy triste la casa donde el amor no ríe!

DIANA

¡Vengan los años...! ¡Sola, en mi castillo viejo
sin temor les aguardo...! ¡Yo desprecio el cortejo
de las cortes de amores! En mi ser se renueva
un ánimo salvaje, y venceré en la prueba
a la naturaleza femenina vedada...

¡Sólo sueños triunfales encienden mi mirada...!

¡Luchas en campo abierto, clarines de victoria,
y ceñir a mis sienes el laurel de la gloria!

Y cuando fatigada la pupila se clava
en las venalidades de una mujer esclava,
de vergüenza me enciendo... El escudo glorioso
de mis abuelos muestra un mar tempestuoso,
cuya leyenda, ornada de un dorado racimo,
dice en letras de sangre: —Luchando
me sublimo...—

¡Hija de la más noble familia montañesa,
seré como ella heroica, y mantendré mi empresa!

GERBERTO

¡Alabo tus propósitos y tu valor bendigo...!
Mas ¿quieres que tu estirpe también muera
contigo...?

DIANA

Sorda no fui a tus ruegos. Te prometí casarme...
¡Mas antes, quien me quiera tendrá que
conquistarme!

GERBERTO

¿El conde Hugo no es digno?

DIANA

¡Su valor ha probado...!
¡Que pruebe ahora su ingenio...!

GERBERTO

¡Tres veces le he mirado

G

vencedor del torneo, cortésmente ofrecerte
 las gloriosas preseas que conquistó su suerte...!
 En sus negras pupilas brillaba el amor, tanto,
 que más de una doncella sintió correr el llanto
 por sus blancas mejillas... ¡Tres veces
 ha vencido...!

De la primera prueba vencedor ha salido...

DIANA

¡Mas, falta la segunda...! ¡Difícil le ha de ser
 también los tres enigmas propuestos, resolver!

GERBERTO

¿Y si de alguno de ellos yerra la solución...?

DIANA

El pregón está claro: le aguarda la prisión;
 y prisión sin rescate... Si acierta, será suyo
 mi nombre... ¡Que lo gane...!

GERBERTO

¡Me lastima tu orgullo...!

Gastón entra y se inclina respetuosamente ante Diana.

DIANA

A Gastón.

¿Qué pasa?

GASTÓN

¡El conde Hugo, devotamente implora ofrecer sus respetos a mi noble señora!

DIANA

¡Que pase...!

Gastón desaparece, y Diana se vuelve a Gerberto.

¿Mi firmeza te espanta? ¡Acepto el reto
de su orgullo, y veremos quién triunfa!

¡Yo someto
al fallo inapelable de la suerte mi vida...!

GERBERTO

¡Te ama tanto...!

DIANA

¡Le odio...! ¡Que la suerte decida...!

ESCENA SEGUNDA

Dichos, HUGO y GASTÓN; éste alza la cortina y se inclina para que pase HUGO, permaneciendo en el umbral, como esperando órdenes.

DIANA

A Hugo.

¿Recibiste el mensaje...?

HUGO

Cortésmente.

¡Y por ello venía
a rendiros las gracias, bella señora mía...!

Tu atención me da alientos...

DIANA

Con severidad.

¿Conoces las pragmáticas
a las cuales debemos ajustar nuestras pláticas...?

HUGO

¡Saberlas y acatarlas es de nobles varones!
Mas tantas cortesías y tantas atenciones
como en tu hospitalario castillo he recibido,
me han conmovido tanto que sus leyes olvido...!

DIANA

¡Recibir en sus tierras, entre mi gente es ley,
con igual cortesía a un mendigo que a un Rey!

HUGO

¿Quieres de los enigmas la prueba, hasta mañana
aplazar...?

DIANA

Si tú quieres...

HUGO

¡Yo, noble castellana,
no acepto la demora, porque mi amor ansía
vencer la última prueba para llamarte mía...!

DIANA

Será ahora...

HUGO

Mil gracias... ¡Tan alto es el trofeo,
que los instantes siglos son para mi deseo...!

DIANA

A Gastón.

¡Ve y anuncia la justa, y convoca a mi corte...!

El paje se inclina y sale.

DIANA

Aparte, contemplando a
Hugo.

¡Qué soberbio es su gesto...!

Se dispone a salir.

HUGO

Viéndola desaparecer.

¡Qué arrogante es su porte!

ESCENA TERCERA

HUGO y GERBERTO

HUGO

Señalando a la puerta por
donde salió Diana.

¡Por encender anciano, esa belleza fría;
porque ardiese en las llamas de este amor,
yo daría
mis veinte años, mi nombre, mis torres
almenadas,
mis espuelas de oro, mis armas, mis mesnadas;
todo el oro y los siervos que hacen rica mi tierra,
mi corte, mis halcones, mi caballo de guerra;

hasta el azul penacho de mi estirpe trofeo,
y el dorado oriflama, primero en el torneo...!
¡Por sola una mirada, diese el alma encendida,
y por una sonrisa, diese toda mi vida...!

GERBERTO

¿La amas tanto...?

HUGO

Vagaba por países lejanos
en busca de aventuras y triunfos sobrehumanos,
cuando oí que una noble condesa desdeñosa
daría las primicias de su mano de esposa,
al que en justa de armas sacase triunfador
en reñidos encuentros, tres veces, su valor;
y después resolviese tres enigmas... La nueva
me hizo reír, y quise concurrir a la prueba...
La fama pregonaba que era la desdeñosa
más noble que una reina, más bella que
una Diosa...

Nada de esto me atrajo... ¡Sólo pensé vencer
el orgullo soberbio de esta hermosa mujer,
y probar en la liza y en las justas de amor
a un tiempo, ante sus ojos, mi ingenio
y mi valor...!

Vine a vencerla a ella, y me venció la dama...
¡Es más bella y más noble que pregona la Fama...!
He recorrido Europa, al son de mi laúd...
Bellas damas amaron mi ardiente juventud...
Conozco las sonrisas de la vieja Castilla
y los procaces besos de Granada y Sevilla...
Del Rhin las hijas pálidas ostentan el tesoro
de sus ojos azules y sus bucles de oro;
Francia, lirios y rosas en su jardín encierra;
son lánguidas y pálidas las hijas de Inglaterra...
Pero ninguna he visto, ya noble, ya villana,
que tuviese la altiva belleza de Diana...!

GERBERTO

Hermosa como un ángel, más fiera y desdeñosa...
Conmigo, con los suyos, con todos, es piadosa.

Su castillo del pobre es el mejor abrigo:
sus propias manos sirven y curan al mendigo.
Con el humilde, humilde, y con el noble, altiva...
Su ternura se esparce como una fuente viva...
Sólo escuchar no puede una frase de amor,
aunque la pronunciara el mismo Emperador...!
Daros puedo un consejo...

HUGO

Soy yo quien te lo pido.

Habla...

GERBERTO

Olvidadla...

HUGO

¿Cómo...?

GERBERTO

¡Que la déis al olvido!

HUGO

Mas ¿por qué...?

GERBERTO

¡Porque es, conde, difícil la victoria...!

HUGO

¡Pues siendo más difícil será mayor la gloria!

GERBERTO

Si de los tres enigmas no acertáis el sentido,
seréis su prisionero...

HUGO

¡Sus ojos ya han prendido
mi corazón...! ¿Qué importa...?

¿No germinó una sola rosa en vuestro camino...?

¿No se despliega al aire vuestra enseña triunfal
sobre las altas torres de un castillo feudal?

¿El clarín no congrega vuestras doscientas
lanzas...?

¿No tenéis juramentos, recuerdos ni venganzas...?

¡A más de oro y bravura y juventud, tener
al honor por amigo y por siervo al placer...!

¡Pensar que es fuerte el brazo y la vida
está en flor,

y el mundo entero es poco para nuestro valor...!

¡Un Rey recogería del trono vuestro guante,
y una Reina pudiera ser vuestra sierva amante!

Cuando todos sus dones en vos la suerte aduna,

¿despreciaréis los bienes que os brinda
la fortuna...?

HUGO

¡La amo tanto...!

GERBERTO

¡Es en vano...!

HUGO

¡Mi corazón devora
tu sentencia...!

GERBERTO

¡Silencio...!

VISCARDO

Desde la puerta.

¡Aquí está mi señora!

ESCENA CUARTA

Dichos, DIANA, GASTÓN, VISCARDO, MARTÍN, damas,
pajes, escuderos, hombres de armas, y después

GOTTIFREDO

Entra Diana, precedida de un porta-enseña, de sus escuderos, entre los cuales está Viscardo, y de cuatro oficiales que visten largas túnicas. La siguen sus damas, ostentando sus mismos colores; los pajes, entre los cuales viene Gastón, conduciendo sobre un rico cojín bordado en oro, dos pergaminos sellados, y los hombres de armas comandados por Martín. Los hombres de armas, los oficiales y los pajes, se colocan en orden a los dos lados del sillón señorial. El porta-enseña a la derecha.

DIANA

A Hugo.

¿Persiste...?

HUGO

Si. Persisto...

DIANA

Llamando.

¡Viscardo...!

Hace una señal a Viscardo
para que recoja el pergami-
no. Viscardo obedece.

HUGO

Mirando en torno suyo.

¿Y mi escudero...?

DIANA

Volviéndose a los suyos.

¡Buscadle!

Un paje sale. Diana se
vuelve a Hugo.

Conde, aún puedes retroceder...

HUGO

Decidido.

¡No quiero...!
Seguiré mi destino... En mi escudo hay escrito
este lema arrogante: ¡Mudar ley es delito...!

DIANA

Hace una seña a Gas-
tón, éste se aproxima, y
le presenta respetuosa-
mente en el cojín bordado
el otro pergamino. Diana
lo toma y se lo entrega a
Gerberto. Después se vuel-
ve a Hugo.

Aquí están encerrados los enigmas...

Gerberto se inclina, recoge el pergamino, y conduce a Diana al sitial. Apenas se sienta ésta, las damas la imitan, agrupándose en torno suyo. Gottifredo entra y se aproxima a Hugo que está colocado a la izquierda del trono. Después, a una indicación de su señor, pasa a colocarse delante de Diana, inclinándose profundamente. En sus manos conduce, como un don, el yelmo de Hugo, sobre el cual se alza un gran penacho azul.

GOTTIFREDO

A Hugo.

¡Señor!

HUGO

Quédate aquí.

GOTTIFREDO

En voz baja, aproximándose a su dueño.

¡Dios quiera que salgas triunfador!

VISCARDO

Casi en el centro de la escena, desenvuelve el pergamino y empieza a leer en alta voz.

—Aquél, de noble sangre, que quiera por esposa a Diana de Alteno, condesa de Perosa, y marquesa de Fronte, de Quarto
y Burgobranco,
dueña de cien castillos, con feudo antiguo
y franco,

deberá sin tardanza, después que haya salido
 vencedor en tres lizas, sin haberse valido
 de filtro, brujería o infernal amuleto,
 descifrar tres enigmas que ella escogió
 en secreto;

y si falla en alguno, a prisión sin rescate
 le condena, aunque haya vencido
 en el combate!—

GOTTIFREDO

Que a una señal de Hugo
 habrá ocupado el puesto
 de Viscardo, leyendo
 también un pergamino.

—Mi señor y mi dueño, Hugo de Monsoprano,
 Conde de Chiusi y Orcia, y senador romano,
 Duque de Torreestrada y de Pennino, a vos,
 Reina de la belleza por la gracia de Dios,
 después de haber vencido en la primera prueba,
 su más fiel y constante sumisión os renueva,
 y os promete, si falla algún enigma ser
 a vuestro arbitrio preso...—

DIANA

A Hugo.

Yo juro mantener,
por mi honor, mis promesas...

HUGO

A Diana.

¡Mi fe de caballero
os responde de cuanto ha dicho mi escudero!

Pequeña pausa. Todos
se agrupan ansiosamente,
deseando conocer el re-
sultado de la prueba.

DIANA

¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme sabría
aquel misterioso y rauda milano
que jamás obstáculos encuentra en su vía;

que está al mismo tiempo, presente y lejano;
que anda y no se mueve, de noche y de día;
que ve sin ser visto, y a sí se mantiene,
y cuando más gasta más reservas tiene...?
¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme sabría...?

HUGO

Después de vacilar un
momento.

El enigma es fácil, señora. El milano
que está, al mismo tiempo, presente y lejano;
que por todas partes a volar se atreve,
que ve sin ser visto, que anda y no se mueve,
que en su propia vida tiene su alimento,
y dando se agranda: ¡es el Pensamiento!

GOTTIFREDO

En voz baja, a Hugo.

Señor, se ha puesto pálida...

GERBERTO

Después de haber abierto
el pergamino.

Acertó el caballero...
¡El Pensamiento es el enigma primero...!

GOTTIFREDO

En voz baja, a Hugo.

¡Señor, con esa suerte nada os vence en el
mundo!

HUGO

Mirando a Diana.

Ya he acertado el primero... ¡Veremos
el segundo!

DIANA

Buen Conde; ¿tu ingenio decirme podría

qué cosa es un arma que es noble y villana,
que hiere sin sangre y encierra el mañana...?
Ningún don recoge y dones envía...
De imperios y reinos es germen fecundo;
y sin sus virtudes fuera pobre el mundo...
¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme podría?

HUGO

Después de una pausa.

¡La luz de tus ojos me alumbra, Diana...!
¡El arma que a un tiempo es noble y villana,
que hiere sin sangre y encierra el futuro;
que da no teniendo, que es germen seguro
de imperios, y al mundo su riqueza ha dado,
esa arma es, sin duda, señora: el arado!

GOTTIFREDO

Bajo a Hugo, señalando a
Diana.

Señor, está temblando...

GERBERTO

Después de haber leído el
pergamino.

¡También acertó...! Es
el arado...!

En voz baja, a Diana.

Diana, cede ahora, ya ves
su fortuna...

HUGO

¡Yo juro libertar a doscientos
prisioneros de guerra, si triunfo...!

GERBERTO

En voz baja, a Diana.

Tus intentos
son vanos... Cede...

DIANA

En voz baja, a Gerberto.

¡Basta...! ¡No me pidas que ceda...!

HUGO

A DIANA.

Ya he acertado el segundo... ¡El último
me queda!

DIANA

Poniéndose de pie.

El buen caballero, decirme sabría
¿qué cosa es la perla que es luz de sí propia,
qué luz y colores al cielo le copia
y luz y colores al cielo le envía...?
Presa está en su cárcel, y en ella se encierra
la amplitud del cielo, del mar y la tierra...
¿Qué es, Conde, tu ingenio decirme podría?

Hugo no responde. Expectación general.

GOTTIFREDO

Mirando a su señor, después de una pausa. Acercándose y hablándole en voz baja.

¡Por San Jorge...! ¡Se calla...! ¡Ten ánimo...!

VISCARDO

La suerte

le traiciona...

GERBERTO

Bajo, a Diana.

¡Sé buena, ahora que eres más fuerte!

DIANA

A Hugo.

¿No respondes a esto...? ¿Por vencido te das...?

HUGO

Como iluminado por una
idea súbita.

¡Ah...! ¡No...!

Reanimándose.

DIANA

Yo te perdono si te rindes...

HUGO

Con altivez.

¡Jamás!

DIANA

Prosiga la contienda... ¿Cuánto tiempo
es bastante

para que me respondas...? ¿Una hora?

HUGO

Rapidísimo.

¡Un instante!

¡Esa rara perla que es luz de sí propia,
que nos da más luces que aquellas que copia;
que al par que está presa en su cerco encierra
la amplitud del cielo, del mar y la tierra;
y es fulgor que en todo su fulgor destila,
esa perla rara es... vuestra pupila...!

GOTTIFREDO

Ansioso.

¡El Señor le alumbra...! ¿Acertó, Gerberto...?

Todos están atentos y
esperan con la mayor an-
siedad la respuesta de Ger-
berto.

HUGO

A Gerberto.

¿He acertado...? Dime...

GERBERTO

Después de leer el pergamino.

La pupila... ¡Es cierto...!

Hugo y Gottifredo dan muestras de alegría. Diana palidece. Entre los escuderos, los pajes, los oficiales y los hombres de armas, corre un murmullo que Diana hace cesar con un gesto.

DIANA

Descendiendo del sitial y acercándose a Hugo.

¡Venciste! Como esclava a tus plantas
me humillo...

Es tuya mi corona, es tuyo este castillo;
son tuyos mis dominios, mis burgos, mi milicia;
mi heráldico derecho de moneda y justicia;
mi sitio en el consejo del Reino, mis vasallos;
mis siervos de la gleba son tuyos... Cien caballos
han de partir mañana con los más ricos dones
a decirles del reino a los nobles barones
que mi nombre ya ha muerto por siempre,
que has vencido.

¡Y vosotros, recuerdos de aquellos que se han ido,
empresas de mis padres, fortaleza altanera
que ellos edificaron; orgullosa bandera
que enrojeció su sangre en tanta y tanta guerra;
escudos que cruzasteis triunfalmente la tierra;
para dar a mis muertos el último tributo,
desgarrad vuestras galas y vestios de luto...!
De vuestra antigua estirpe una sola quedaba,
retoño de la encina robusta, y conservaba
puras vuestras memorias... ¡Empieza
una edad nueva!

¡También me han derrotado en la última prueba!

Nuevo blasón se alza sobre el de mis mayores;
 nuevo color campea en mis armas. ¡Sus flores
 ya no abrirán los lises de plata en mis cuarteles,
 ni rampantes leones de fulva cabellera...!
 ¡Flotará en estas torres otra nueva bandera...!

Dirigiéndose a Hugo.

¡Me has vencido...! Soy tuya: tu presa...
 ¡Solamente
 ante la fuerza rindo la altivez de mi frente...!
 Eres dueño de todo; dispón a tu albedrío...
 ¡Los afectos son libres...! ¡Mi corazón es mio...!

HUGO

Yo alzo mi diestra, y juro, por mí y por Dios
 al par,
 proponerte un enigma que no has de descifrar...!
 Eres diestra en enigmas... Este nuevo combate
 acepta... ¿Con él quieres intentar tu rescate...?

DIANA

¿Qué dices...?

HUGO

¡Te devuelvo tu palabra empeñada
si lo aciertas...! ¿Qué dices...?

DIANA

¡Que acepto la jugada!

Ansiedad general. To-
dos rodean a Diana.

HUGO

¿Sabrás tú decirme cuál es de las flores
la más rica y pródiga de veneno y miel...?
Es sol que nos ciega con sus resplandores,
y es copa de oro colmada de hiel...
Si nadie la corta, será todo en vano,
la paz de los cielos, el sol y el rocío,

que esperando siempre que llegue una mano
que no llega nunca, morirá de hastío...!
¡Tú que tanto sabes, dí por cortesía,
de esa flor el nombre y en dónde se cría...!

Todos esperan la res-
puesta con ansiedad. Dia-
na calla, meditando pro-
fundamente.

Después de una corta
pausa.

¿Callas...? ¿Doblas la frente y te humillas al fin?
¡Esa flor de mi enigma no brotó en tu jardín...!

DIANA

¡No...! Espera...

HUGO

¡Te devuelvo la palabra empeñada...!
¡A mi orgullo le sobra con mirarte humillada...!
Será triste tu vida, ¡Has negado el piadoso

oficio que te incumbe: no encontrarás reposo...!

¡No eres mujer...! ¡En este sepulcro no han de
entrar

ni un gorjeo de pájaros ni un resplandor solar...!

¡En la fúnebre calma de este triste paraje
han muerto las dulzuras del humano lenguaje...!

¡Un día—y no lejano—quizá por los salones
de este vasto palacio, lanzarás maldiciones
sola y desamparada, contra el hosco destino
que ha dejado sin flores y sin luz tu camino!

¡Te vuelvo tu palabra y reclamo la mía...!

Vivirás solitaria, sin paz, sin alegría...

¡Sin mover las pestañas y sin lanzar un grito
has ahogado en tus manos este amor infinito...!

¡La fuente de la dicha tu altivez ha cegado,
y tu estrella propicia tú misma has apagado!
Quédate con tus muertos entre estos muros
fríos...

Yo parto... ¿Tus castillos...? ¡También tengo
los míos!

¿Coronas...? También tengo, y feudos sin
confines,

y miles de vasallos, y burgos y jardines...!

Mi escudo es como el águila que le esmalta
 altanero,
 y en los torneos entre mí oriflama el primero!
 La noble Italia es pródiga de bizarras doncellas,
 y alguna a quien rendirme encontraré entre
 ellas...!
 ¡Adiós!

VISCARDO

A su gente.

¡A nuestra dueña insulta...!

Incitados por Viscardo, los escuderos y los hombres de armas, que durante las anteriores palabras de Hugo mostraron extrañeza y después ira, se revuelven amenazadores.

HUGO

Volviéndose y plantándose delante de todos.

¡Quien despierte
el furor de mi acero, encontrará la muerte...!
¡Atrás, atrás, villanos...! Aún soy vuestro señor,
que aunque renuncio al premio soy siempre
el vencedor...!
¡Paso franco, vasallos...!

HUGO

Volviéndose a Diana.

¡Adiós, adiós, señora...!
¡Lejos de aquí, conmigo se va también la aurora
y a tu lado se quedan las sombras del ocaso...!

DIANA

Con la voz profunda-
mente conmovida. Un
nuevo movimiento de ame-
naza entre su gente.

¡Doblad todos la frente, con respeto, a su paso...!

Escuderos y soldados se

abren en dos alas para dejar paso a Hugo, que después de lanzar una mirada altanera a Diana, sale seguido de Gottifredo.

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

Salón en el castillo de Diana. Los muros pintados al fresco, divididos por columnas pintadas que parecen de cristal, con los capiteles y las bases dorados. La pintura del fondo es pálida, y el dibujo ingenuo, representando castillos y paisajes. Las figuras ostentan colores vivísimos, sin medias tintas, y algunas con expresiones grotescas, mas siempre llenas de movimiento. Entre las pinturas y el suelo, un zócalo alto y obscuro. En torno del techo corre una franja de colores vivaces, representando flores y hojas, entrelazadas con suma elegancia y variedad. La techumbre de madera oscura artísticamente artesonada. A la derecha, una ventana con la vidriera emplomada; enfrente, la chimenea amplia y maciza. En la pared del fondo, una puerta central de madera tallada. En el ángulo que forma la chimenea con la pared del fondo, otra puerta de madera tallada, y en el primer término, también del mismo lado, una puerta de dos hojas. Junto a la ventana una mesa sencilla, y en torno de la mesa, algunos escabeles. Junto a la chimenea, donde arde un fuego intenso, un gran sillón de brazales, con el respaldo tallado y ornado en la cimera por una franja con las armas de la Casa de Altono.

ESCENA PRIMERA

DIANA, GERBERTO, VISCARDO, MARTÍN Y GASTÓN

Gerberto, Viscardo y Martín juegan a los dados, en una mesa junto a la ventana. Diana aparece sentada en una silla con brazales, cerca del fuego, de tal forma que los jugadores no la vean. Sobre un banco, junto a la puerta, duerme Gastón. Por la ventana penetra una luz tan débil que apenas llega a la mitad de la escena, mientras Diana se encuentra iluminada por los purpúreos reflejos de la hoguera. Durante las dos primeras escenas la luz se va amortiguando, poco a poco, de manera que al final de la escena no quede más claridad que el resplandor intermitente de las llamas del hogar.

MARTÍN

¡Meto seis!

VISCARDO

¡Habla bajo...! ¡No estás en el cuartel
entre la soldadesca...!

MARTÍN

A lo menos en él
se grita a voz en cuello...

VISCARDO

Señalando a la chime-
nea.

¡Calla...!

MARTÍN

¿Quién...?

VISCARDO

La señora.

MARTÍN

¿Siempre en silencio...?

GERBERTO

¡Siempre...!

VISCARDO

¡Pero está más ahora!

MARTÍN

¡Si ardiese el bosque entero, allí, sobre
el hornillo,
no la calentaría...!

GERBERTO

¡Cayó sobre el castillo
y el campo, la nevada...!

VISCARDO

¡La frialdad del invierno
se nos mete en el alma...!

GERBERTO

¡El mal tiempo es eterno!

VISCARDO

En el burgo, se mueren de frío...

MARTÍN

¡Y aquí de pena...!

Tira tú...

VISCARDO

Tres, te gano.

Le pasa los dados a Gerberto.

GERBERTO

Observando por la ventana.

¡La tarde no serena...!

MARTÍN

¡Anoche, una avalancha rodó de esas montañas, aplastando a su paso cuatro o cinco cabañas!

VISCARDO

¿Una avalancha...?

MARTÍN

¡Enorme! ¡El pobre Lupo ha muerto!

GERBERTO

¡De una pica de nieve el valle se ha cubierto!

MARTÍN

¡En la cumbre del monte mucha más ha caído!

VISCARDO

¡Cayó tanta, que el techo de la Ermita
se ha hundido

A Martín.

Juega.

MARTÍN

Si apenas veo...

y una joven señora que es más vieja que el
viejo!

VISCARDO

Medita su venganza contra el conde...

Sí... ¡Espera...!

Un año la medita, y Hugo aún vive... Quisiera
deciros lo que a veces, en su gesto adivino:
a su harem ama el moro, y el tudesco ama
el vino;

y la mujer, más tarde o más temprano, ama...

Diana se levanta del si-
tial.

GERBERTO

Bajo, a Martín.

¡Más silencio...!

MARTÍN

Con extrañeza.

¿Qué ocurre...?

GERBERTO

Señalando a Diana.

¡Que se acerca la dama...!

Diana se aproxima, y dejan súbitamente de jugar, alzándose respetuosos e inclinándose ante ella.

DIANA

¡No! ¡Seguid la partida...!

Los tres permanecen de pie.

¡Que os sentéis he mandado...!

Alejándose, mientras los jugadores se sientan.

¡A mí, Gastón...!

Viéndole dormido en el fondo de la escena.

Mas, duerme...

Gerberto se le acerca.
Ella se vuelve imperiosa.

!A Gastón he llamado...!

Gerberto se inclina y va a retirarse. Ella se reprime, dirigiéndose de nuevo a él, con dulzura.

¡Perdóname, buen viejo...! ¡Fuí contigo severa...!

Gastón se despierta y se alza, luchando aún con el sueño. Al ver a su señora se inclina.

¡Cómo anochece...! Es triste...

Mirando a la ventana.

¡Idos todos!

A los servidores. Estos saludan. Al ir a salir Gerberto, Diana le detiene.

¡Espera...!

¡A través de las sombras vuelan los pensamientos tan lejos...!

De nuevo a Gerberto.

¡Permanece conmigo unos momentos!

Viscardo, Martín y Gastón salen por la puerta del fondo.

ESCENA SEGUNDA

DIANA Y GERBERTO

Diana permanece un instante absorta en sus pensamientos. Gerberto, después que han salido los otros, se vuelve, la contempla con una emoción casi paternal, y se le va acercando lentamente.

GERBERTO

Qué quieres...?

Diana se estremece al oírle, mirándole con infinita ternura.

DIANA

¡Ah, Gerberto...! Por no sé qué virtud

GERBERTO

¿Qué más quieres...?

Dejando caer las palabras con profunda intención.

Al rescoldo del fuego sueñan otras mujeres
con risueñas infancias de rubia cabellera...
¡Tales sueños desprecia tu majestad austera...!
Tú eres fuerte y salvaje como el viento que ruga
cuando el valle retiembla y la montaña cruje!
Tienes cuanto deseas...

DIANA

Con amargo reproche.

¡Refrena tu lenguaje...!
Sólo esto me faltaba: ¡que hasta un siervo
me ultraje!

GERBERTO

Resentido como por una

grave ofensa, pero reco-
brando de súbito su ente-
reza en un duro arranque.

Un siervo soy... ¡Bien dices...! Aun antes
que naciera
la dueña que me ofende, de su padre lo era,
el buen Wifredo el Pío, y lo fui de su abuelo,
Ebaldo Magno, el viejo centenario... Y el cielo
quiso que a éste mi brazo le librase la vida,
cuando deshecho el yelmo y la espada partida,
en esos montes ásperos cercado se encontró...
¡Mi lanza rompió el cerco y a tu abuelo salvó...!
Aún me parece oírle, en su hora postrera,
decir, a tu buen padre, que allí, en la cabecera
del lecho, sollozaba: — el dominio, hijo mío,
que al morir, con mi espada, a tu brazo confío,
después de Dios, en todo, se lo debo a Gerberto...
¡Amalo, como a un padre!—;Yo soy tu siervo,
es cierto!

Pequeña pausa.

También en la batalla de Castiglione, viendo

a mi señor, tu padre, solo, a pie combatiendo
con un grupo enemigo, le cedí mi corcel,
y me interpuse entre sus contrarios y él...
¡Y aún guardan, cual reliquias, de tan
ruda batalla,
seis lanzazos mi cuerpo y seis rotos mi malla!
¡Y allí, en pleno campo, entre tantos Barones
y Condes, ante el bélico clamor de las legiones,
descabalgó tu padre, llorando emocionado,
y estrechó entre sus brazos mi cuerpo
ensangrentado!
Merece mi osadía que hoy tu desdén me aflija:
¡que hoy pago aquel abrazo ultrajando a su hija...!

DIANA

Como buscando una dis-
culpa.

De la ofensa de Hugo un año ha transcurrido
hoy, sin lograr venganza... Y jamás ha sufrido
un Aleno, tal mengua...

GERBERTO

¡No haberle provocado!

DIANA

¿También me inculpas...? ¿Callas...?

GERBERTO

¡Todo un año he callado...!
¡Mas a una Altono debo decirle la verdad,
por más dura que sea...! ¡No obraste con lealtad!

DIANA

Usé de mi derecho...

GERBERTO

¿Y derecho le llamas
a olvidar tus promesas...? ¿Así tu nombre
infamas...?

DIANA

Más que mi propia causa, Gerberto, se me antoja que defiendas la suya...

GERBERTO

¿Quieres tú que recoja
tus gentes, que las arme, y en su busca las lleve?
¡Verás cómo este viejo escudero se atreve
a traerle al castillo, en cadenas...! ¡Te juro
que aún es firme mi ánimo y mi brazo seguro!
Pero dirán las gentes: —Antes, de sus castillos
bajaban los abuelos para domar caudillos
rebeldes; dar franquicia a los pueblos, purgar
de ladrones las sendas... Bajaban a luchar
con sus fuertes espadas por su justo derecho...
Y hoy, descienden los hijos a vengar
su despecho...
a castigar airados, ardiendo de furor,
cual si fuera un delito, un ensueño de amor...!—

DIANA

¡Amor que me desprecia y en el dolor
me lanza...!

GERBERTO

¡Y si Hugo nutriese ideas de venganza,
razón tendría para llegar en son de guerra,
asaltar tus castillos y asolar esta tierra!

DIANA

En un arranque orgulloso.

¡Bien, que venga, Gerberto! ¡La guerra es menos
dura
que el desprecio...! La mano de Diana,
su hermosura,
¿no son dignas, buen viejo, del honor
de las armas...?
¡No habrán de amedrentarme las guerreras
alarmas!

¡Y con ojos serenos y con pasos seguros
al frente de mis hombres, me asomaré
a los muros,
como un arquero: tenso el brazo, y la vista fija,
y a las gestas del padre superará la hija...!
Y quizás, una flecha...

GERBERTO

¡No prosigas, por Dios,
que al herirle, de un golpe moriríais los dos...!

DIANA

¿Yo...?

GERBERTO

Mirándola fijamente.

Si: sé más sincera... Busca en tu corazón
y en tu alma, Diana... Verás que la razón
de tus largos silencios, de tus noches en vela,

del malestar interno que en tu faz se revela,
no es tu orgullo ultrajado, ni tu ofensa

invengada...

A otra causa obedece tu tristeza ulcerada...!

No seas dura. ¡Tu alma está bella y florida,
y anhela los encantos del amor y la vida!

Aproximándose más.

¡Cuando el viento desgrena los pinos y en

la alfombra

de tu estancia las penas descienden con

la sombra;

cuando el sueño sus fúlgidas imágenes te inmola,
entonces, al par sientes que estás tan triste y sola,
porque falta a tu lado una sonrisa, una
testa infantil dormida sobre una blanca cuna...!

Diana baja la vista, y se
cubre el rostro con las ma-
como para ocultar su emo-
ción.

¿Callas...? ¿Lloras...? ¡He visto en tus ojos
las llamas

del amor...! Sé sincera... Confiesa que le amas...

DIANA

Profundamente alterada, pero queriendo disfrazar su turbación.

¡No es verdad...! ¡No le amo...!

Resuena una trompa lejana Diana se estremece.

¿Qué será? ¿No has oído...?

Resuena de nuevo, más cerca, el clamor de la trompa.

¡Me da miedo...!

GERBERTO

¡Un mendigo que el sendero ha perdido!

DIANA

¡Baja a ver...!

Gerberto va a salir, Diana le detiene.

Manda a otro... ¡Que vaya un escudero!

GERBERTO

Llamando.

¡Martin...!

DIANA

¡Estoy temblando...! ¡Yo no sé lo que espero!

ESCENA TERCERA

Dichos. MARTÍN, VISCARDO y GASTÓN, todos al entrar
se inclinan ante Diana.

DIANA

¿Quién es...?

VISCARDO

Un peregrino que albergue ha demandado
para pasar la noche. Yo mismo le he buscado
lecho y mesa...

DIANA

Tranquilizándose.

Mas ¿dónde...?

VISCARDO

¡Entre la servidumbre!

DIANA

Con severidad.

¿Tal descendió mi raza, que contra la costumbre,
al peregrino, al mismo que el Señor nos envía,
al huésped que reclama la vieja cortesía,
le ofreces la posada del siervo y del soldado,
y tanto más le ultrajas cuanto mejor
te ha honrado...?

VISCARDO

Mas...

DIANA

Con severidad.

¡Calla...! ¡Te concedo que procures la enmienda!
 Condúcele a ésta sala. Que contigo descienda,
 Gastón, y que en mi nombre le salude...

¡Es mi igual

desde que de esta torre su pie cruzó el umbral...!
 ¡El huésped es sagrado como un Rey...!

A Martín.

¡Que tu gente

le acompañe! ¡Con hachas alumbrad su camino...!

¡Que en medio de mi corte me encuentre
 el peregrino!

Viscardo, Gastón y Mar-
 tín se inclinan y salen.

GEBBERTO

¡Eres tan bella como noble...!

DIANA

¡Y ahora confío,

ESCENA CUARTA

DIANA, GERBERTO, HUGO, VISCARDO, GASTÓN, MARTÍN,
escuderos y gentes de armas.

Entran cuatro siervos con antorchas. Después, Viscardo, Gastón y Martín, y por último, Hugo, disfrazado de peregrino. Bajo el sombrero, lleva calada la capucha para ocultar el rostro. Permanece inmóvil y rígido en el umbral, entre la gente de Diana.

DIANA

Apoyada en Gerberto,
dirigiéndose a Hugo.

Aunque villano seas o noble caballero,
tú que vistes el hábito piadoso del romero,

vengas de donde vengas, de los montes o el
llano,
esta casa es la tuya... ¡Entra y reposa,
hermano...!

HUGO

¡Noble y bella doncella...! ¡Por todas las dulzuras
que la tierra prodiga; por las santas ternuras
que en su copa de oro el amor nos regala,
yo os juro que un arcángel ha extendido su ala
de este noble castillo sobre el piadoso umbral...!
¡Que él, tu bella existencia guarde de todo mal...!
¡Que si en algún instante, la tristeza indecisa
vuela a ti, que la ahuyente con su dulce
sonrisa...!

Descendiendo al centro
de la escena.

DIANA

¿Ya conoces mi nombre...?

HUGO

Todo el valle te llama
su apoyo...

DIANA

¿Dónde marchas...?

HUGO

¡No lo sé, noble dama!

DIANA

¿Hacia Nuestra Señora cruzas en romería?

HUGO

¡Voy a cumplir los votos a la Señora mía!

DIANA

¡Buscaste para ello la más dura estación!

HUGO

¡Logrará mejor premio mi peregrinación!

DIANA

¡Las sendas están todas desiertas y nevadas!

HUGO

¡Pues a pesar de eso, encontré, a dos jornadas de aquí, rico en plumajes, magnífico y triunfal, atravesando el monte, un cortejo nupcial...!

DIANA

¿Un cortejo...?

HUGO

Guiábalo un joven caballero
que en el peto ostentaba, sobre el bruñido acero,
en esmalte de oro, un rampante león...
¡Llevaba un gran penacho azul en el airón...!

DIANA

Sorprendida.

¿Penacho azul...?

HUGO

¡Y era también azul la veste,
y azules los penachos de su lucida hueste!
Y su divisa, envuelta entre llamas, decía:
—Sirviendo, reino.—

DIANA

Afanosa.

¿El nombre...?

HUGO

¡Lo ignoro, reina mía...!

Y acordarme debiera...

DIANA

¿Y qué mueve su empresa...?

¿Tú sabes...?

HUGO

¡De una hija del Conde de Valesa,
si yo mal no recuerdo, iba a pedir la mano...!

Como recordando de sú-
bito, después de una leve
pausa.

Hugo de Monso...

DIANA

Cortando la frase.

prano...!

HUGO

Afirmativamente.

¡Hugo de Monsoprano!

¡Y vi que era un enlace por demás venturoso...!
No hay esposa más bella ni más amante esposo...!

DIANA

A pesar de tu hábito, ese lenguaje abona
que eres docto...

Queriendo interrogarle.

¿Y no sabes...?

HUGO

¿Qué quieres?

DIANA

Conteniéndose.

¡No...! Perdona,
si atenta a tus relatos he olvidado que eres
tú el señor y yo el huésped...

Llamando.

¡Gerberto...!

GERBERTO

Inclinándose.

¿Qué me quieres...?

DIANA

A Gerberto.

Condúcele a la estancia de las Flores de lis.

A Hugo.

Allí, durmió dos noches, de paso, el buen
Rey Luis
de Francia, y a mis armas el lis ha concedido...

HUGO

Para mi es demasiado honor... Sólo te pido
un lugar junto al fuego donde poder orar...

DIANA

La casa es tuya. Es tarde... Me voy a descansar...
De todos mis vasallos dispón a tu albedrío...

A los siervos.

¡Dejadle solo...!

Volviéndose a Hugo.

¡El cielo derrame, hermano mío,
sobre tu frente y sobre tu alma su bendición...!

Los siervos dejan dos antorchas clavadas en las anillas fijas en las paredes laterales y salen con Martín y Viscardo. Diana se marcha, pero vuelve de nuevo, ansiosa de interrogarle. Vacila, retrocede, y por fin, haciendo un violento esfuerzo, se dirige hacia su cámara.

HUGO

¡Dios te guarde, señora...!

DIANA

Volviéndose de nuevo,
como queriendo hablarle.

¡Escucha...!

Se detiene, dominándose,
y llama a Gastón.

¡No...! ¡Gastón...!

Gastón la precede, con
una antorcha, y sale por
la puerta más alta de las
dos que hay junto a la chi-
menea.

ESCENA QUINTA

GERBERTO Y HUGO

HUGO

Apenas se ve sólo con Gerberto, se acerca ansiosamente a él.

¡Soy yo...!

GERBERTO

Extrañado.

Mas ¿quién...?

HUGO

Bajándose la capucha.

¡Contempla...!

GERBERTO

Sorprendido.

¡Hugo de Monsoprano...!

HUGO

Imponiéndole silencio.

¡Silencio...!

GERBERTO

Mas ¿qué quieres...?

HUGO

¡Escucha, buen anciano!

GERBERTO

Mas ¿tus bodas...?

HUGO

¡Fué una patraña bien urdida!

GERBERTO

¿Y a qué vienes...?

HUGO

¡A verla aunque pierda la vida...!

Gerberto intenta hablar. Hugo le detiene.

Sé que vas a decirme que perdí la razón;
que me odia y que en vano espero su perdón;
que la ofendi y que sólo piensa en vengarse...

¡Es cierto...!

¡Amenázame, gritame lo que quieras, Gerberto...!

Mas, después de mirarla más altiva y más bella,
 a mi amor no le digas: —¡Vete y renuncia a ella!
 ¡Vuelve a emprender de nuevo tu trágico camino,
 y aquí no vuelvas nunca, osado peregrino...! —
 ¿Esto ibas a decirme...? Mas no temo a la lucha,
 ni al peligro, Gerberto... ¡Mi juramento
 escucha...!

—¡Por todos los conjuros de la tierra y del cielo,
 no me marchó, si antes mi amor no le reveló!

GERBERTO

Que ha hecho esfuerzos
 inauditos para contener su
 íntima alegría.

¡Dios te manda...!

HUGO

¿Qué has dicho, Gerberto...?

GERBERTO

¡Dios te manda...!

HUGO

¿Te burlas...?

GERBERTO

¿Yo, burlarme...? ¡Si es mía tu demanda...!
¡Si es mi sueño ese enlace...!

Se aproxima a él confi-
dencialmente.

¡A buen tiempo has llegado,
porque tú, señor, eres por mi dueña esperado...!

HUGO

Ebrio de júbilo

¡Háblame...! ¡A tus palabras mi voluntad someto!

GERBERTO

Radiante.

¡He leído en sus ojos su divino secreto...!
No te odia... Para ella nunca fuiste un extraño...
¡Su venganza en cariño se transformó en un año!
¡Tu imagen de sus ojos no se aparta un
momento...!
¡Tuya es toda su alma; tuyo su pensamiento...!
Tu recuerdo sus horas más luminosas llena...
¡Al mirarte de nuevo, sentirá su cadena...!
¡Mas es preciso tacto...! ¡Cuenta siempre
conmigo...!

HUGO

Con profundo agradeci-
miento.

Mi vida está en tus manos y a obedecer me
obligo...

GERBERTO

Después de una breve
pausa.

Mas ¿cuál es tu proyecto...?

HUGO

¡El de esperarla aquí...!

GERBERTO

¿Esta noche...?

HUGO

Con firmeza.

¡Vendrá...!

GERBERTO

¿Estás seguro...?

HUGO

¡Sí...!

Oyendo mi relato la vi palidecer;
 y vendrá, pues curiosa como toda mujer
 le empujará el deseo de inquirir pormenores,
 mas noticias de esos fantásticos amores...
 El corazón me dice que vendrá... ¡Lo presiento...!

GERBERTO

¡Da al corazón oídos...! Nunca engaña su acento
 cuando el amor nos habla...

HUGO

La esperas tú también...?
 Dímelo... ¿Tú la esperas...?

GERBERTO

¡Las almas no se ven...!
 ¡Señor. son tan profundos sus misterios...!
 Vendrá acaso... Yo me marchó...

Pone el oído atento,

como si creyese sentir los pasos, y después hace un signo a Hugo para que vuelva a escuchar.

HUGO

Que se ha ido acercando, poco a poco, a la puerta de la cámara, y se detiene de pronto, al oír pasos.

¡No me engaño...! ¡Aquí está!

Gerberto, a una indicación de Hugo, sale cautelosamente por la puerta del centro. Hugo vuelve a calzarse la capucha, y se sienta, apoyando los codos en la mesa y la cabeza entre las manos.

ESCENA SEXTA

HUGO y DIANA

Diana entra por la puerta de su cámara, y permanece un momento vacilante en el umbral.

DIANA

¿Como tan solo...?

HUGO

Acaba de salir tu escudero...
¿Quieres tú que lo llame...?

DIANA

No. ¡Sobre el valle un fiero

huracán ululante sus furias ha extendido,
y temeroso, el sueño, de mis ojos ha huído...!

HUGO

¡De los míos ha tiempo que huyó, y no regresa!

DIANA

¿También...? Mas eres joven...

HUGO

¡La juventud me pesa,
que nos dobla los años nuestra mala fortuna!

DIANA

¿Tantas y tantas penas sufriste...?

HUGO

Sólo una;
mas la mayor de todas...

DIANA

¿Qué...?

HUGO

¡No debes escuchar...!

Pequeña pausa.

DIANA

Para engañar las horas, ¿me la quieres contar...?

HUGO

¿Tienes quizás un bálsamo que me cure esta
herida?

DIANA

Extraña es tu pregunta...

HUGO

¿Nunca bajaste al llano...?

DIANA

¡Jamás miré otro cielo...!

¡Cual los abetos tengo raíces en el suelo!
Sola vivió mi alma bajo estos cielos grises.

HUGO

¡Qué tristeza, Diana...!

DIANA

¡Tú que tantos países
y tanta gente has visto en tu constante errar,
sabrás bellas historias que poderme narrar...!

Pequeña pausa.

Narra. La noche es larga y el sueño está
distante...

HUGO

¿Quieres oír la historia del gallardo Ariodante?
Por celos que le asaltan de su Ginebra hermosa
se arrojó al mar en una noche tempestuosa;
mas salvo, por milagro, reconoce su error...

DIANA

¡No cuentes esa historia, que es historia
de amor!

HUGO

Diré de Brandimante y de su Flor de Lis.
Perdido, ella le busca, y, al tornar a París,
por fin le encuentra muerto, y muere de dolor...

DIANA

¡No cuentes esa historia que es historia de amor!

HUGO

Con intención.

¿Tanto le temes...?

DIANA

Odio las dulces cantilenas.

Soy fuerte... ¡Corre sangre heroica por
mis venas...!

HUGO

¡La piedad es, Diana, propia de las mujeres!

DIANA

Para hablar como hablas, tú, romero
¿quién eres...?

HUGO

Quien así puede hablarte... ¿De qué es tu alma,
que fiera

ni en la esperanza cree ni en el amor espera...?

DIANA

El hombre es tornadizo... Es olvidar su vida...

HUGO

¡Mas el supremo encanto del Amor no se olvida!

DIANA

Intranquila.

¿Intentas ser, romero, de mis secretos juez...?

HUGO

Con ímpetu.

Oye una historia horrible...

DIANA

Escucho...

HUGO

—Hubo una vez
del Rhin en las orillas, una noble doncella
tan rica como altiva, tan cruel como bella...
Un torreón en ruinas, de su castillo al lado,
se alzaba, sobre su pico casi a cincel cortado...
¡La torre se llamaba el Kinast, y la fama
—la esposa del Kinast— dió en llamar a la dama,
pues su mano ofreciera al valiente doncel
que al ruinoso castillo trepase en su corcel...!

Diana, que había estado escuchando atentamente la narración, levanta de pronto la cabeza, maravillada y recelosa, al mismo tiempo. Hugo repara en ello.

¿Qué pasa?

DIANA

Nada... Sigue...

HUGO

¡Gallardos y altaneros,
intentaron la prueba dos nobles caballeros!
El primero, un mancebo seguro de sí mismo,
trepó penosamente, mas cayó en el abismo...
El segundo llegaba casi a la meta, cuando
se desploma un peñasco, y el corcel, vacilando,
se encabrita... Era áspero e inseguro el terreno;
el jinete a la brida se agarra, y con el freno
y la espuela, le impulsa... El caballo aturdido
bota, tiembla, vacila... Un instante: un rugido
de angustia, y hasta el foso del castillo altanero
rodaron confundidos caballo y caballero...!

DIANA

¡Triste historia...!

HUGO

Prosigo... Varias lunas ya eran
pasadas, sin que otros a la prueba acudieran,

cuando a la castellana de Kinast llegó un día
un doncel que a la cumbre ascender prometía...
La cumbre estaba envuelta en sombras,
y entre tanto
que no rasgase el alba el tenebroso manto,
le ofrecieran albergue en el castillo. Era
tan gallardo y tan joven que la dama altanera,
sintiendo que a su vista el amor florecía,
de la terrible prueba perdonarle quería...
Recusa el caballero, y cuando el sol se enciende,
va, supera la meta, y vencedor desciende.
— ¡Tuya es mi mano! — dijo la dama...

El caballero

respondió: — ¡Ni tu mano ni tus castillos quiero!
¡Desprecio tus crueldades; tu poder no
me alcanza...!
¡De mis muertos hermanos vine a tomar
venganza...!
¡Me amas... y de ti misma ese amor me vengó!—
¡Tal dijo el caballero... y por siempre partió...!

DIANA

Dando un grito.

¡No me ocultes el rostro...! Descúbrete...

¡Es en vano...!

Te conozco... Tú eres Hugo de Monsoprano...!

HUGO

Arrojando el manto y
apareciendo ricamente
vestido.

¡Es cierto...! ¡Aquí me tienes a renovar
mi empresa!

DIANA

¡Tú! ¿A qué viniste...?

HUGO

¡Mátame, que la vida me pesa!
¡Insúltame...! En tus frases mi propia dicha
bebo...

DIANA

¿Eres tú, que regresas a ultrajarme de nuevo?

En un arranque de fie-
reza.

¡El cielo me es testigo, que te hubiese buscado
hasta el fin de la tierra...! ¡Y te encuentro a
mi lado!

¿Dónde están las espadas de tus cien escuderos...?
¿Tus huestes, tus castillos, tus lanzas, tus aceros?
¡Nada podrá ampararte! Ni la noble corona
de tu padre, ni el yelmo que tu orgullo pregona
ni tus tierras lejanas... ¡Este castillo es mío...!
Son fuertes sus murallas...Estás a mi albedrío...

Conteniéndose de pron-
to, sintiendo estallar en su
pecho todo el fuego de su
amor.

¡Mas no...! ¡Miente mi boca...! En vano, en vano
clamo
y me revelo... Escucha...

Con voz trémula.

¡Soy cobarde... y te amo...!

HUGO

Estrechándola rápida-
mente entre sus brazos.

Sigue... tu voz me encanta...

DIANA

¿Tanto me amas...?

HUGO

¡Deja que te bese la mano,
y que hoy ante tus plantas, este amor
subrehumano
te relate la historia de mi dolor...! ¡Por ver
si arrancarte podía del alma, en el placer
y en los rudos combates, busqué en vano
el olvido,
que más te recordaba mi corazón herido!
¡Para mi mal no he hallado ni bálsamos ni aroma!
¡Postrado ante las plantas del Pontífice,
en Roma,

remedio para el alma en vano supliqué...!
¡En vano con las huestes infieles guerreé!
¡Sus lanzas no pudieron acabar con mi vida...!
No hubo paz ni reposo...

Reparando en la actitud
de Diana.

Mas ¿por qué entristecida
me miras entre lágrimas...? ¡Ahora es mía
tu mano...!
¡Te llevaré, Diana, hasta un país lejano,
bajo unos bellos cielos, a la tierra florida
de Italia...! ¡Y a tu lado será bella la vida!

DIANA

¡Estoy envilecida;
mas te juro que muero sin conocer la herida...!
¡Has completo tu triunfo, y llévale a tu esposa,
como imperial trofeo, esta vida angustiosa!

HUGO

Sonriendo.

Fueron falsas mis bodas...

DIANA

¿Qué dices...?

HUGO

¡Que el amor
hasta ti me condujo...!

DIANA

¿Me amas...?

HUGO

¡Con tanto ardor,
que este año, Diana, que lejos he vivido,
un siglo de agonía para mi amor ha sido!

DIANA

Como dudando de su fe-
licidad.

¿Es verdad lo que dices...? ¿Me adoras? ¿No has
mentido?

¡Mi orgullo por tu mano bien castigado ha sido!

¿Tu amor dará a mi alma fatigada reposo...?

¿A buscarme has venido...? ¿Serás, Hugo,
mi esposo...?

Acabóse el destierro, y la tristeza es ida...

¡Vieja casa, el sol torna, y con el sol, la vida!

¡Qué duro al partir fuiste...! ¡Tus frases
fueron llamas

que abrasaron mi pecho...!

Hugo se dirige al fondo.

HUGO

Gritando.

¡Venid...!

DIANA

¿Para qué clamas?

HUGO

Será igual a la afrenta la enmienda...

A mi señora

honraré como a una hija del Rey se honra!

ESCENA ULTIMA

Dichos, GERBERTO, MARTÍN, VISCARDO, GASTÓN y después la Corte.

Hugo, al ver aparecer a Gerberto, se acerca a él y le estrecha con júbilo.

HUGO

¡Gerberto...!

DIANA

A Gerberto, señalando a Hugo.

¡Ya ha vencido...!

GERBERTO

A Diana.

¡Bien me lo presentía...!

HUGO

Llamando.

¡La Corte aquí...!

A Gerberto.

¿Qué tienes...?

GERBERTO

Limpiándose una lágrima.

¡Que lloro de alegría...!

A una señal de Gerberto penetra la Corte de Diana, tal como en el primer acto. Los siervos portan antorchas. Todos se colocan en el fondo.

HUGO

¡Oidme todos...! Un año esta tarde ha cumplido en que yo, el Conde Hugo, osé, dando al olvido la cortesía propia de todo noble seno, devolver su palabra a Diana de Alteno...

¡Un año entero llevo purgando tal acción, y hoy regreso a sus plantas a implorar su perdón...!

¡Vosotros que testigos fuisteis de mi ardimiento seréis también testigos de mi arrepentimiento!

Se arrodilla delante de
Diana.

DIANA

Levantándole y volvién-
dose hacia su Corte.

¡Os presento, vasallos, a mi esposo y señor!
¡De mis rudos desdenes ha triunfado el amor...!

GERBERTO

Con los ojos húmedos.

¡Oh, mi noble señora...! ¡Ya que vas a ceñir
la corona de esposa, tranquilo puedo ir
a dormir en la fosa de mi antiguo señor...!

DIANA

A Hugo, sonriente.

¡Voy, gentil caballero, a pedirte un favor...!

HUGO

¿Qué me pides...?

DIANA

Tu venia para poder lograr
rescatarme a mí misma...

HUGO

¿Qué anhelas rescatar?

DIANA

Tu enigma. ¡Si lo acierto, como yo espero, gloria común será también, esposo, mi victoria...!

Todos le rodean.

HUGO

A Diana.

—¿Sabrás tú decirme, cuál es de las flores la más rica y pródiga de veneno y miel...? ¡Es sol que nos ciega con sus resplandores, y copa de oro colmada de hiel...!—

DIANA

Interrumpiéndole.

No sigas. Le conozco... En un año de duelo su nombre y dónde nace me ha revelado el cielo...

Señalándose al pecho.

En mi jardín se ha abierto y germina esa flor... ¡Comprenderla no puede quien siente el amor!

CAE EL TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	<u>Pesetas.</u>
<i>Panales de Oro</i> (poesías).....	3,50
<i>Palabras antiguas</i> (poesías).....	3,50
<i>Jardines de Plata</i> (poesías).....	3,50
<i>El espejo encantado</i> (poesías).....	3,50
<i>Las garras de la Pantera</i> (novela).....	3,50
<i>Breviario del Amor</i>	3,00
<i>Julio Herrera</i> (poesías).....	2,00
<i>El Rey Galaor</i> (tragedia en tres actos).....	3,50
<i>Era Él</i> (poema en un acto).....	2,50
<i>El Velo de Isis</i> (poesías).....	3,50
<i>La tela de Penélope</i>	3,00
<i>Aben Humeya</i> (tragedia morisca).....	4,00
<i>La Cena de los Cardenales</i> (comedia).....	1,50
<i>El Reloj de arena</i> (poesías).....	2,00
<i>La Leona de Castilla</i> (drama).....	3,50
<i>Campanas Pascuales</i> (poesías).....	3,50
<i>La Cisterna</i> (poesías).....	2,00
<i>La fuente de las gacetas</i> (poesías).....	3,00
<i>Baladas de cetrería y otros poemas</i>	3,00
<i>Granada</i> (poesías).....	3,00

SUCESORES DE HERNANDO (Editores).